

Estoraques

Manuel Valdivieso*

A la memoria del señor Eduardo Cote Lamus.

Fue después de leer el mejor libro de poemas escrito en Colombia que tuve la idea del viaje. Vino a mí con la claridad de una revelación. Me levanté del estudio y caminé hacia el cuarto principal, en donde Lucía yacía recostada contra la cabecera de la cama. Encendí un cigarrillo y abrí la ventana de la habitación para que el humo se escapara. Afuera se escuchaba rugir al viento, *el que viene y el que va*, como escribió el poeta.

“Voy a hacer un viaje con mamá,” le dije.

“¿A dónde?”

“A Estoraques.”

Ella desvió su mirada del televisor y me miró a los ojos.

“¿Tengo que ir?” Me preguntó. “Si tengo que ir no cuentas conmigo, sabes que no puedo dejar el trabajo así como así.”

Le dije que no, que no se preocupara, que iría yo solo. Un año atrás mamá había sido operada de un aneurisma. Yo había tenido que renunciar al trabajo para establecerme en Cúcuta durante un par de meses y así poder atenderla y cuidarla. Después de la cirugía, el médico le prohibió los viajes en avión y los cambios abruptos de presión atmosférica. “En clima caliente estará mejor,” dijo cortante cuando le pregunté si era posible trasladarla a Bogotá. A partir de ese momento, de ese viaje inesperado y de mi corta ausencia, mi relación con Lucía se resintió. No era capaz de entender por qué lo dejaba todo tirado para cuidar a mi madre, si yo no era el único hijo. Yo intentaba tranquilizarla explicándole que se trataría de un par de semanas, que se convirtieron en dos meses, y manifestándole que aunque mis dos hermanas vivían en Cúcuta, ambas tenían un hogar por el cual responder y les resultaba más complicado estar pendientes de ella. Lucía me respondió a grito entero: “¿Y es que acaso nosotros no tenemos un hogar?” “Hijos Lucía, estoy hablando de hijos.”

La noche en que terminé de leer el libro, cogí un calendario y marqué uno de los festivos de agosto. La idea de realizar el viaje me pareció tan sagrada, que me dediqué a planearlo todo de manera inmediata. Quería agradecerle a mamá lo que

* Manuel Valdivieso nació en Cúcuta (1988). Después de estudiar Ciencias de la Educación en la Universidad Libre cursó la maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional en donde obtuvo la mención de Tesis Meritoria por la novela “Los hombres no van juntos a cine”, novela publicada por Camm Editores.

había hecho por mí. Quería, en pocas palabras, decirle que la amaba. Le extendí a Lucía el almanaque. Ella lo miró de reojo, su atención estaba de lleno en el televisor.

“¿Hay algún problema si me llevo el carro?”, pregunté.

“No creo”, me respondió sin dejar de prestar cuidado a la telenovela.

A la mañana siguiente hice lo mismo, pero con mi jefe. Me debía unos días en los que había trabajado mañana y tarde, sin descansos, los fines de semana. “Claro que sí”, me dijo, sentado en su oficina y haciendo girar entre los dedos un lapicero *Bic*. Entonces llamé a mamá y le avisé que iría a visitarla. Le pedí que alistara una maleta pequeña pues nos iríamos juntos a Estoraques. En su voz no hubo alegría, o al menos no toda la que yo presupuestaba para la sorpresa. A lo largo de la semana previa al viaje, releí tres veces el libro. En mi cabeza retumbaba la voz del poeta, que decía, como si me llamara desde la tumba: *Aquí hay un reino de tierra y arenisca maravillosamente sediento.*

*

La noche del miércoles dejé listos algunos asuntos del trabajo, empaqué una pequeña maleta, me despedí de Lucía, me subí al carro y emprendí la carretera hacia Cúcuta. Salí de Bogotá a eso de las ocho de la noche y doce horas más tarde me encontraba mareado por el calor de la nueva ciudad. Aparqué el carro frente a la casa, tomé la maleta, me bajé y timbré. Mamá estaba despierta y arreglada. Me esperaba desde temprano, dijo. El olor a jabón en su cuerpo trajo a mi memoria las veces que había tenido que bañarla y vestirla tras la cirugía. La recordé en la silla de ruedas, tan blanca y liviana como un papel, y me vi a mí mismo metiendo los brazos bajo sus axilas para sentarla en el inodoro. “¿Por qué todo tiene que resultarme tan embarazoso ahora?”, me decía mientras la limpiaba.

Esa mañana no hablamos de casi nada. Después de desayunar me acosté a dormir, ya que no lo había hecho en aproximadamente veinticuatro horas. En las manos tenía una sensación de ausencia, me hacían falta el volante y la palanca de cambios del automóvil. A eso de las dos de la tarde escuché gritar a los hijos de mis hermanas en el patio de abajo. Bajé las escaleras y me quedé quieto detrás de la ventana que daba al patio trasero para escuchar lo que ocurría. Uno de mis sobrinos le daba puños en el estómago a mi mamá, enojado porque ella le había hecho apagar el televisor y lo invitaba a hacer tareas. El muchachito era el mayor de los dos. Mis hermanas habían cogido a mamá de niñera después de que se pensionara. Me acerqué con furia al niño y lo alejé del estómago de mamá. Luego le dije a ella: “¡Usted no es consiente todavía de lo que puede pasar si le pegan en el estómago!” Uno de los nuevos aneurismas que se habían formado en el cuerpo de mamá estaba ubicado en la zona abdominal. Luego seguí, con una voz más calmada y señalando a los dos niños, a quienes ni les alegraba ni les sorprendía mi presencia en la casa: “Imagínese que usted un día esté sola con estos dos. ¿Qué hacen ellos?”

Ni siquiera saben usar el teléfono.” Un segundo después me arrepentí de haber tratado a mamá de esa forma (ella no tenía la culpa; y además, si le molestaba la situación, era ella la que debía quejarse con mis hermanas y no yo), y para reponer mi error me puse a jugar y a hacer tareas con mis sobrinos. En la noche vinieron mis dos hermanas. Pedimos hamburguesas y hablamos. De Bogotá, del trabajo, de Lucía, de sus esposos, de los desempeños académicos de ambos niños. En ningún momento mencionamos el exceso de trabajo que debía hacer mamá para cuidar a sus dos nietos. Antes de irse, la menor de mis hermanas me dijo:

“¿Entonces se lleva a mi mamá de paseo?”

“Sí, un par de días.”

“Qué bien.”

“Sólo van a ser unos días.”

“Días de niñera que tengo que pagar,” me respondió.

La sangre se me subió a la cabeza de inmediato. Así que todo era por el dinero. El maldito dinero. Saqué la billetera con violencia y estuve a punto de lanzarle dos billetes de cincuenta mil pesos a la cara, pero no fui capaz. Nos despedimos como si nada hubiera ocurrido. Así era siempre.

Antes de dormirme, le pregunté a mamá si en realidad quería hacer el viaje. Me dijo que sí, que ella había estado en Estoraques con sus compañeras de trabajo y que tenía un leve recuerdo de la imponentia de las rocas. Terminó con un “claro que sí hijo,” para zanjar la discusión. También me preguntó si había hecho reservaciones. “No creo que sea necesario,” le respondí. La acompañé a preparar la maleta mientras veíamos la telenovela del momento. Planeamos coger carretera a las tres de la madrugada para estar en Estoraques a las nueve de la mañana y tener tiempo para recorrerlos todo el día. No me había dormido aún y ya soñaba con *pájaros que hacían las veces de flechas y los árboles de arcos*.

*

Llegamos a La Playa de Belén con una hora de retraso. Es un pueblo con tan solo dos calles, iglesia central, y casas de estuco blanco. *Un pueblo que da vueltas a la plaza para ir al cementerio o hasta río sin agua*. Desde la entrada vimos por primera vez las columnas de piedra, *duras, altas, broncas*. En la plaza preguntamos por un hostel y un viejo en una banca nos dio las indicaciones para llegar a uno. Su dueña era otra vieja, que cojeaba y llevaba un bastón. La casa que regentaba era amplia y estaba repleta de veraneras, cachos de venado y anturios. Nos saludó con cortesía mientras mamá admiraba la cantidad de matas y le hacía preguntas sobre los cuidados y los trucos secretos para mantenerlas “así de hermosas.” En la cara de mamá había alegría. Las dos se pusieron a hablar como si se conocieran de siglos, unidas por su amor a los vegetales decorativos. Luego nos condujo por un corredor a nuestra habitación.

Dos camas diminutas, una mesa de noche, una lámpara y un baño sin puerta. Me arrepentí de no haber hecho reservaciones en un lugar mejor, de informarme, en fin, de hacer caso a mamá. Ahora que ella había entablado una suerte de amistad con la dueña de la casa, no podíamos echarnos atrás. Acomodamos nuestras pertenencias en una de las camas, que traqueteó tan pronto nos sentamos en ella. Le pregunté a mamá si se sentía bien. Me dijo que sí, aunque yo presentía en su voz una fatiga que no había estado presente antes, cuando estábamos en Cúcuta. El viaje parecía haberla mareado. Fui al baño y me lavé la cara. Al querer secar el agua que corría por mi cuello me llevé una sorpresa. Las toallas habían sido cortadas en cuadros, convertidas en retazos de algodón desgastado. Observé de reojo a mamá, podía verla mirar hacia todos los rincones de la habitación pues, como ya dije, el baño no tenía puerta. Estaba atónita con la cantidad de manchas de humedad en la pared y palpaba las abolladuras del colchón. Era como si estuviera pensando “esta noche no voy a poder pegar los ojos”. Desde la cama me dijo que necesitaba usar el baño, que saliera y la esperara afuera. Obedecí y afuera, en el patio de la casa, me permití derramar unas cuantas lágrimas. ¿Era esta mi idea de un viaje para decirle a mamá cuanto la amaba? ¿Por qué no me había tomado la molestia de buscar al menos un lugar mejor, en el que por lo menos tuviéramos toallas completas o toallas de verdad? Escuché la voz del poeta susurrando unas palabras de consuelo para que dejara de sentirme mal: *Tampoco es esto Xochimilco, Chichen-Izá o Machu-Pichu, ni la obra de los antiguos nativos de nuestro continente porque una piedra bajo el sol es como un cuervo en llamas.*

Le compramos unos paquetes de papas a la vieja, gaseosas, agua en botella y unos sándwiches que tenían cara del día anterior. Así salimos rumbo a los Estoraques, cargados con una pequeña cantidad de comida y golosinas. También alisté en el morral el libro del poeta. Una edición sencilla, de color verde-blanco, diseñada por el Instituto Colombiano de Cultura.

Mamá recordaba de su última visita a Estoraques que había tenido la oportunidad de andar con un guía por los senderos, las cavernas y los diferentes paseos. Yo la verdad dudaba un poco de que, siendo viernes, nos encontráramos con un guía y con un grupo dispuesto a acompañarnos. Pero me equivoqué. El guía era un muchacho del pueblo, adiestrado por algún viejo o incluso, llegué a pensar, por su propio padre. Como si la profesión se llevara en la sangre y fuera transmitida a modo de conocimiento ancestral y milenario. El muchacho se sabía los caminos de memoria, los nombres de las plantas que crecían en la roca erosionada y explicaba que cada sendero tenía su nombre particular. Mamá avanzaba con lentitud y yo me afanaba por ayudarla a sortear los pasajes peligrosos, que eran solo peligrosos en mi imaginación. La gente del grupo se mostró comprensiva y se acopló a nuestro ritmo. En algún momento del camino nos detuvimos a almorzar y yo le pregunté al muchacho que en donde podía hacer mis necesidades. Me señaló el paisaje. “En cualquier lado patrón”, dijo. Dejé a mamá sentada en una piedra comiendo su sándwich. Masticaba con cuidado como si no quisiera encontrarse con algún diente de la vieja.

Cuando regresé de orinar mamá no estaba. Me paré en la piedra, sin desesperarme aún, pues había la posibilidad de que hubiera ido a un rincón solitario a hacer lo mismo que yo. Desde mi posición la vi. Estaba de pie, al borde de un desfiladero. Mi corazón empezó a latir con fuerza y avancé trotando hasta ella. Pronto me hallé en un descampado, alejado de las miradas de nuestros compañeros de grupo y de la del guía. Me acerqué con lentitud, no quería asustarla, darle una sorpresa que la hiciera saltar hacia el abismo. Antes de llegar a su lado, mamá sabía que yo estaba detrás de ella. Se volteó para mirarme a los ojos. Al fondo estaba el cielo y lo poco que se podía ver del cementerio. El viento iba y venía, configurando, moldeando la piedra a su gusto. Mamá, de pie junto al desfiladero, como una suicida indecisa, y yo, detrás de ella, habíamos quedado detenidos en el tiempo. El tiempo en Estoraques no tiene voz ni voto, *es un perro que nunca llega al hueso*.

“¿Trajiste el libro?” Me dijo. Mamá había empezado a tutearme.

“Sí.”

“Sácalo. Vamos a sentarnos aquí y tú vas a leer.”

“Es mejor que nos corramos, el viento golpea con fuerza y podemos perder el equilibrio,” le dije. Yo estaba a su lado y veía, allá abajo, las ramas de los árboles que nos esperaban si llegábamos a caer. Un vértigo se tragó mi estómago.

“No seas bobito, no va a pasar nada.”

Se sentó con esfuerzo, apoyando una mano en el suelo. Yo hice lo mismo y extraje el libro de la maleta. Leí, con la luz herrándome los ojos como a un toro. Ningún nombre impuesto por la sabiduría popular a las figuras de los Estoraques podían compararse con las creadas por el poeta. Ambos, mamá y yo, lo escuchamos con atención, asintiendo, sumergiéndonos en las ruinas sin tiempo, sin historia, de su poema. *En fundamento todo permanece, los elementos son iguales siempre y la materia siempre es inmutable, inmóvil es el ser y no se mueve*. Cuando terminé de leer, la sed se había comido mi lengua y me había rajado los labios. Mamá tenía su mirada puesta en el paisaje; los ojos los tenía vidriosos.

“No quiero que cuando me muera siga peleando de esa forma con sus hermanas,” dijo. Era la primera vez que se refería a la muerte, a su propia muerte, de una forma tan directa. Su determinación me heló el corazón, a pesar de la aridez que nos rodeaba.

“Eso no va a pasar mamá.”

“Promételo.”

“¿Y ellas? ¿Por qué le hacen eso?”

“¿A que te refieres con eso?”

“Darle tanto trabajo. Es como si las tuviera sin cuidado... es como si no fueran conscientes de la gravedad de la enfermedad, mamá.”

Silencio. El viento iba y venía, acariciando la piel de estoraques sin concluir. Un trabajo de siglos el del viento.

“¿Qué quieres que me quede haciendo entonces en la casa? ¿Sentada todo el día mirando para el techo sin hacer nada, o echada en una mecedora viendo novelas toda la tarde como una abuelita?”

En su voz no había ira.

“Entiendo mamá, pero ellas deberían regañar a sus hijos cuando te pegan. Eso no es justo. No es justo y es peligroso.”

Escuchamos entonces una voz a lo lejos. Por un momento creí que podía tratarse de los mismos estoraques, del viento formando palabras en las cuevas. Un segundo después comprendí que eran nuestros compañeros de excursión. Nos habíamos olvidado de ellos por completo. Me puse de pie y le tendí una mano a mamá para que se levantara. Lo hizo con el mismo esfuerzo con el que se había sentado. El guía apareció por la curva del camino. Su voz ya no era tranquila y su cara no era la de un joven. Estaba agitado y tenía la camisa empapada de sudor.

“¿En dónde se habían metido?” nos preguntó. No alzó la voz a pesar de su desesperación, pues, ¿cómo alzarle la voz a una mujer de sesenta y tantos años?

“Tranquilo joven, aquí estábamos. Se nos olvido avisarles que queríamos leer el libro.”

“El libro.”

“¿Lo conoce?”

“Si señora, en el colegio es lectura obligatoria.”

La respuesta me tomó por sorpresa. Sentí que iba a echarme a llorar por segunda vez en el día, pero me contuve. Algo adentro de mí me hacía dudar de él. No obstante, cuando el muchacho se puso a recitar de memoria el último poema, ahí, frente a nosotros, (con el aire golpeándolo, moldeándolo a él también, convirtiéndonos a los tres en piedras, en estoraques cargados de sed y de sabiduría) olvidé el escepticismo y creí. Volvimos al pueblo guiados por el joven y rodeados por nuestros compañeros de excursión. A muchos de ellos les preguntamos si pasarían la noche en el pueblo. Ninguno nos dijo que sí. Todos preferían devolverse a Cúcuta o seguir hasta Ocaña para pasar la noche allá. Mamá y yo, a pesar de que la gente prefiriera largarse, decidimos seguir con nuestro plan primigenio. Dormir cerca a los Estoraques.

Cenamos en una panadería junto a la plaza principal. La gente del pueblo nos observaba. Éramos nuevos y extraños para ellos. Compramos un vino (un Grajales de caja) y después de comer fuimos a refugiarnos a nuestra habitación. Bebimos y charlamos. Hablamos de Lucía y de mi situación con ella. Mientras conversábamos, escuchamos a la viejita ir y venir con su bastón por los corredores de la casa. Mamá recordó anécdotas de su niñez y me las contó: la vez que casi había perdido un dedo por jugar con uno de sus hermanos con un machete; el día que al perro de la finca le cayó una rama de naranjo encima; el día que fue al colegio sin el traje de gala y las monjas la castigaron dándole a beber tres cucharadas de aceite puro.

“El día que murió papá,” dijo, “yo ya trabajaba en la Normal de Cúcuta. Era la primera hora de clase y la monja se asomó a la puerta de mi salón y me pidió que saliera. Yo estaba embarazada para esa época y sor Gladis tenía miedo de que la noticia me cayera mal. Creo que todas en el colegio sabían menos yo. Así que me hizo subir a la camioneta y empezamos a avanzar hacia la salida de la ciudad, rumbo a Chinácota. Me dijo: Raquel, yo tengo que decirle una cosa a usted, pero mejor vamos hasta donde su mamá y se lo cuento allá. Y así seguimos y yo pensando en todo menos en papá. Pensaba en mi hija, en si le había pasado algo. Cuando llegamos me sentaron en una silla y me trajeron un vaso de agua y me lo contaron todo. Lo de que el nono se había desbarrancado en la vía hacia Toledo.”

*

En medio de la noche me despertó un ruido. Mamá estaba tosiendo a todo pulmón. Me levanté de la cama y estiré la mano hacia la lámpara y la encendí. Ahí estaba ella, sentada en la cama. Estaba roja por el vino, pero pálida en el fondo, pues el aire no le entraba a los pulmones. Recordé sus palabras: “El día que murió papá”. Di un salto y salí de la habitación. La casa estaba completamente a oscuras y no pude encontrar el camino hacia las neveras de la pequeña tienda que tenía la vieja. Regresé a la habitación y tomé el celular y lo utilicé para alumbrarme. La nevera tenía un candado enorme. A tropezones encontré la cocina y cogí un vaso de cristal. No sabía si el agua del pueblo podía beberse (lo más probable era que no) pero aún así la serví y volví corriendo al cuarto. Se la di a mamá, que bebió sentada, recostada contra la pared. Su respiración empezó a normalizarse.

“El vino me secó la garganta.”

“¿Estás bien?” pregunté.

“Sí, ya,” dijo y tosió otra vez. Afuera se escucharon los pasos de la vieja. Su bastón y sus chanclas se arrastraban por los corredores. Golpeó la puerta.

“¿Pasa algo?”

“No señora,” le dije. “Todo en orden.”

“¿No necesitan nada?”

Dejé a mamá con el vaso y fui a pedirle a la vieja una botella de agua. De regreso a la habitación, escuché el agua del inodoro bajarse. Era mamá, que había entrado al baño. Nos volvimos a acostar y apagué la luz.

“Si necesitas algo me avisas,” le dije. La vieja también había regresado a conciliar el sueño a su respectivo cuarto.

No transcurrieron diez minutos cuando escuché a mamá preguntarme si estaba despierto.

“Sí,” le dije.

“Cuando me muera, quiero que me cremen. ¿Entendiste?”

“Sí señora.”

“Nada de entierros y de esas cosas.”

Me quedé un rato pensando. Luego dije: “¿Se lo has dicho a alguien más?”

“¿Qué, hijo?”

“Lo de cremarte.”

“No, a nadie más.”

“Es mejor que lo dejes por escrito, o que se lo digas a ellas también. Me parece que no van a creerme si yo se lo digo cuando tu...”

“Cuando yo esté muerta.”

“Sí.”

No dormí mucho esa noche y creo me mamá tampoco. A la mañana siguiente nos empezamos a alistar para partir. Una de mis hermanas llamó a mi celular y nos regañó, a ambos, por no dar noticias acerca de nuestra situación. Mamá, en un acto de rebeldía, le respondió que ella también podía llamarnos a nosotros. El silencio al otro lado de la línea fue claro. Luego pagamos la cuenta a la vieja, quien nos despidió con una mata para mi mamá, y salimos del pueblo. Aparcamos el carro frente a los Estoques. Queríamos echarles una última mirada antes de partir.

“*Nada de vivir, la vida no existe. ¿Y qué?*” recité en voz alta. Mamá me puso la mano en la pierna. En su cara se dibujó una sonrisa. Después se echó a reír, a reírse en serio, con grandes carcajadas que parecían la antítesis de la toz de la pasada noche.

“¿Qué pasa?”

“Viste esas toallas. ¿Cómo pretendía la viejita que nos secáramos con esas toallas?”

Entonces yo también empecé a reír. Las carcajadas se escuchaban hasta los estoraques más altos y las lágrimas se escurrían por nuestros ojos. Nunca volvería a ver a Mamá reír de esa forma. Encendí el carro y apreté el acelerador. Con la imagen de las toallas en nuestras cabezas regresamos a Cúcuta. Atrás quedo el viento, *el que viene y el que va*, trabajando en el espacio sin tiempo ni historia de los Estoraques.